

III

Profesores y material de enseñanza

La Exposición pedagógica celebrada en Bilbao hace poco, dió motivo á varias conferencias de materia educacional, dadas por hombres de autoridad reconocida en esa materia; uno de esos hombres fué don Manuel B. Cossio, á quien todo el mundo conoce, en España y fuera de España, como director del Museo Pedagógico, como profesor en la Institución Libre de Enseñanza y como crítico é historiador de las Bellas Artes.

La conferencia del señor Cossio se ha publicado recientemente (1), y bien puede decirse de ella que constituye una de las páginas más hermosas, más hondamente revolucionarias, de más profundo y racional sentido, de nuestra literatura pedagógica, y en gran parte, de la literatura pedagógica mundial. Porque en ésta, no obstante los grandes nombres que la avaloran, subsisten (y aun diré que predominan) muchas rutinas, muchas ideas viejas, muchas recetas empíricas ó ilusorias, mucho artificio que á primera vista deslumbra y que no lleva nada en el fondo. De España, no digamos. Con ser ésta, creo yo, una de las ramas de nuestra actividad intelectual en que más positivamente ha progresado la minoría trabajadora que nos dirige, abundan—aun entre los que el vulgo estima como lumbreras y educadores prácticos—los que sólo tienen de hombres nuevos la cáscara y procuran singularizarse y

(1) En el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. La conferencia se titula: *El maestro, la escuela y el material de enseñanza*.

pasar plaza de originales con tres ó cuatro paradojas ó ex abruptos, á menudo traducido de autores alemanes ó ingleses que aquí se leen poco; ó los que, con candidez respetable, con buena intención que desarma á la crítica, pero con absoluto desconocimiento de la orientación actual de los problemas (como buenos autodidactos, inventores del fusil de chispa á comienzos del siglo XX), remozan toda la cachivachería tradicional de la enseñanza, todas las mascaradas y juegos didácticos escolares ñoños y pueriles, y los dan como novedades que aun toman por buenas algunos espíritus de mejor voluntad que cultura en estas cosas de educación. Y no faltan también quienes, con arrogancia henchida de orgullo, pretenden ridiculizar y destruir los únicos esfuerzos serios que se han hecho en España en pro de una pedagogía racional, presentándose como los verdaderos poseedores de la clave que ha de formar la humanidad futura y los destinados á enterrar toda otra iniciativa que no sea la suya propia.

Frente á todas estas direcciones, ó erróneas ó malintencionadas, la conferencia de Cossio ofrece el ejemplo de una consideración realista, sincera, de las cuestiones; de una argumentación que lleva su mayor fuerza convincente en su sencillez, asequible á todos los espíritus que conservan la frescura ingénita, libres de prejuicios doctrinales que oscurecen la visión de las cosas; de un llamamiento á la observación en vivo del problema pedagógico, abandonando de una vez todos los andamiajes librescos y de gabinete con que tropiezan á cada paso los que miran antes á las doctrinas que á los hechos, es decir, al hecho fundamental y primario de todo empeño educativo, consistente en la presencia del educando, que exige la dirección y parTEAMIENTO de sus fuerzas físicas y espirituales del modo más natural posible, menos artificioso y alejado de la realidad, de esa realidad que espontáneamente arrastra y solicita al niño y que en gran parte llegaría á formarlo si no se interpusiesen las construcciones subjetivas de los educadores al uso.

Hay una parte en la conferencia de Cossio, la relativa al material de enseñanza, que prueba de un modo admirable la verdad de esto que acabo de escribir. Y como me propongo reafirmar con ejemplos las observaciones de Cossio, necesario será que antes dé á conocer esas mismas observaciones.

«Cada profesión tiene—dice—sus fetichismos; y el material de enseñanza constituye el fetiche de primera magnitud para el cuerpo docente.

»Casi todos los profesores y maestros nos quejamos de la falta de material, y casi ninguno dejamos de achacar á esta falta el éxito dudoso de nuestras tareas. Publicistas, maestros, autoridades escolares, patronos de fundaciones privadas, piden á una material, esperando ingenuamente de él la inmediata transformación y mejora de la enseñanza, ó se aprestan solícitos á gastar en aquél los primeros y más abundantes recursos con que cuentan... Libreme Dios de negar que el material es necesario; lo que afirmo es, de un lado, que por el momento, en el estado actual de nuestras escuelas, no es la primera necesidad á que debe atenderse; y de otra parte, que en la mayoría de los casos en que el material se solicita y quiere aplicarse, no es el adecuado, y su empleo resulta, más que inútil, contraproducente...

»Esta reinante obsesión del material explicase, no sólo como natural reacción contra la insuperable penuria del mismo, que desde su origen vienen padeciendo nuestras anémicas escuelas, sino por otra causa más espiritual, más honda y más difícil de curar, con serlo aquélla tanto. Me refiero al concepto *mecanicista* que predomina en la obra de la educación, como en todo el régimen social imperante. Fiamos en el inspector, quiero decir, en el espía, en los vergonzosos é indignificantes ventanillos, cuando no en la carencia de puertas, esto es, en un neto régimen carcelario, carcelario á la antigua, de puras inútiles garantías exteriores, la educación moral de nuestros internados. Y anhelamos poder confiar, para la enseñanza, en el libro, en el

aparato, en el instrumento, en la máquina, en vez de confiar en el obrero. Nunca puedo olvidar lo que á un maestro mío oí referir y viene al caso. Mostraba cierto profesor de una de nuestras Universidades su laboratorio, y mostrábalo orgulloso de la cantidad y riqueza de aparatos, de material de enseñanza que encerraba. «Es mejor—acabó diciendo—que todo lo que he visto y tiene el Colegio de Francia.» Su interlocutor, entonces, se atrevió á preguntar tímidamente: «Y ¿qué han hecho ustedes aquí con todo ese material? Porque en el Colegio de Francia se hace, todo el mundo lo sabe.» Y ¡tanto cómo se sabia! Harto estaba en él, Berthelot, de colaborar á la historia de la Química; y allí, en sus sótanos, por aquellos días y con cuatro cacharros, como suele decirse, acababa Claudio Bernard de abrir hondo surco á la Biología... El material es necesario, pero hay que preparar el terreno para que fructifique, hay que atender al obrero antes que á la máquina, si no queremos que, de las mejores intenciones, del móvil más puro, por falta de oportunidad, puedan engendrarse, como se engendrarán de cierto, el escepticismo y el descrédito.»

La cita ha sido algo larga, pero era indispensable para motivar lo que voy á decir en seguida; caso aparte de que los lectores no habrán perdido nada, sino que habrán ganado mucho con ese traslado de la argumentación de Cossio.

Yo conozco varios casos que la confirman en todas sus partes. Conozco el de un sacerdote, miembro de una orden religiosa, entusiasta cultivador de las ciencias físicas y naturales, que cuenta con el mejor laboratorio de España (probablemente, también, uno de los mejores del mundo, por la riqueza y abundancia de su material), en que se vienen gastando, desde hace tiempo y sin duelo alguno, todas las cantidades necesarias para adquirir los modelos más adecuados y perfectos. El propio director de ese laboratorio está relevado de casi todos sus deberes sacerdotales, para que se pueda dedicar en absoluto al estudio de su especialidad; y no perdona, ciertamente, ni viajes, ni lecturas,

ni consultas á las más salientes autoridades en aquellas ciencias.

Toda esta preparación haría augurar un mundo de investigaciones y de descubrimientos; porque ¿qué más puede pedir un especialista que la vida libre para dedicarse á sus estudios sin la preocupación de ganarse el garbazo con trabajos de índole diversa, y un material constantemente aumentado y renovado? Pues bien; hasta ahora nadie sabe que de ese laboratorio haya salido nada que pueda ni aun compararse remotamente con lo que otros investigadores (españoles también; verbigracia, Cajal) han hecho con muchísimos menos aparatos, con menos tiempo á su disposición y casi sin dinero.

Conozco también á otro especialista que ha fundado un laboratorio en que todavía nadie labora, para investigaciones de género muy distinto al citado antes. Dispone para esta empresa de pocos fondos; y en vez de economizarlos y acudir á las adquisiciones baratas, se le ocurre gastar todo lo que tiene en *exterioridades* que por mucho tiempo estarán vacías de contenido, ó en ejemplares cuya reproducción ha costado un dineral, cuando tan fácil y barato hubiera sido obtenerlas utilizando los medios sencillísimos que en ese mismo Colegio de Francia citado por Cossio pueden verse utilizar á diario en estudios de la misma índole. Y es que al fetichismo del material de enseñanza suele ir mezclada cierta especie de la manía de grandezas, tan común, no sólo en los locos, sino en la humanidad que parece equilibrada. Hay mucha, muchísima gente que no sabe hacer cosa de provecho si no es en grande, gastando sumas de importancia, con todas las perfecciones posibles, y que no comprende la labor fructífera en instalaciones modestas ó con medios escasos, en que el ingenio, la ciencia y el entusiasmo del sujeto—que son, al fin y al cabo, la materia prima—suplen las deficiencias del instrumental. Yo he oído decir cien veces, á profesores de nuestros centros de instrucción pública, que les era imposible montar clases experimentales y hacer realista la enseñanza, por

falta de material; y cuando he querido cerciorarme de la exactitud de su alegación, he visto que lo que les faltaba era el material espléndido, costoso, la instalación poco menos que regia con que soñaban, y sin la cual se reconocían incapaces de labor alguna. Y como también he visto á otros profesores sacar partido de los mismos medios que aquéllos desdaban, de la misma consignación que aquéllos tenían por deficiente, y organizar á fuerza de talento y de condiciones didácticas cursos prácticos y experimentales de gran éxito educativo, me he confirmado en mi idea de que muchas veces, la mayoría de las veces, la «falta de material» es una excusa que encubre, ó la manía de grandezas á que me referí antes (la aspiración al pluscuamperfecto como condición para realizar una obra), ó la carencia de dotes magistrales suficientes para enseñar con lo poco como con lo mucho, y suplir con labor personal la falta de auxilios ajenos (1).

(1) Otro ejemplo de modestia de recursos que añadir á los de Berthelot, Pasteur, Bernard, Cajal, etc., nos lo suministra el gran químico Curie, prematuramente arrebatado á la ciencia por una muerte trágica. En el prólogo á sus *Obras*, publicadas hace muy pocos meses, escribe la señora Curie lo siguiente, que deben leer nuestros fetichistas del material:

«Pedro Curie tuvo siempre medios de trabajo muy restringidos, y puede decirse que en realidad nunca tuvo un laboratorio á su completa disposición. Jefe de trabajos en la Escuela de Física, podía utilizar para sus investigaciones, en la medida en que las necesidades del servicio se lo permitían, los recursos del laboratorio de enseñanza en donde él dirigía las manipulaciones; frecuentemente ha expresado su reconocimiento por la libertad que se le dejaba en este sentido. Pero en este laboratorio de alumnos ninguna sala le estaba destinada especialmente; el sitio que con más frecuencia le servía de refugio era un estrecho pasadizo comprendido entre una escalera y una sala de manipulaciones, siendo allí donde hizo todo su largo trabajo sobre el magnetismo. Más tarde obtuvo autorización para utilizar un taller con techo de cristales situado en el piso bajo de la escuela, y que servía de almacén y de sala de máquinas; en ese taller fué donde comenzamos nuestras investigaciones sobre la radioactividad. No podíamos pensar en efectuar allí procedimientos químicos sin deteriorar los aparatos;

Por eso entiendo que conviene predicar constantemente contra la sobrestimación del material y organizar lo que en otra ocasión he llamado «la propaganda de lo fácil» (1). Hay que enseñar á las gentes—decía yo entonces—que las más de las cosas buenas de este mundo son *fáciles y baratas* y no exigen sino voluntad y una clara conciencia del fin que se persigue, la cual no ha faltado nunca en los iniciadores y en los que sienten de veras una obra social ó individual. Hay que mostrar prácticamente á los obreros, á los aldeanos y á muchos burgueses, cómo, con muy poco dinero, sin grandes instalaciones hidroterápicas, se puede bañar todo el mundo todos los días, y cómo en las casas más modestas cabe guardar los preceptos elementales de

esos procedimientos se organizaron en un cobertizo abandonado situado enfrente del taller, y que en otro tiempo había servido para la instalación provisional de los trabajos prácticos de la Escuela de Medicina. En ese cobertizo de suelo embetunado, cuyo techo de vidrios nos abrigaba completamente contra la lluvia (que era un invernadero en el estío y una estufa de hierro lo calentaba muy mal en el invierno), hemos pasado los mejores y más felices años de nuestra existencia, consagrando al trabajo nuestros días enteros. Desprovistos de toda la utilería que facilita el trabajo del químico, hemos efectuado allí con mucho esfuerzo gran número de procedimientos sobre cantidades crecientes de materia. Cuando el procedimiento no podía hacerse fuera, las ventanas abiertas dejaban escapar los vapores nocivos. Todo el material se componía de viejas mesas de sabino usadas, sobre las cuales yo disponía mis preciosos fraccionamientos de concentración del radio. No teniendo ningún mueble para encerrar en él los productos radiantes obtenidos, los colocábamos en las mesas ó en las tablas, y me acuerdo del alborozo que experimentábamos cuando nos sucedía que entraba la noche en nuestro dominio y apercibíamos por todas partes las siluetas débilmente luminosas de los productos de nuestro trabajo.

»Los recursos materiales de que disponía para sus trabajos durante casi la totalidad de su carrera científica fueron igualmente muy restringidos. No tuvo un crédito de laboratorio suficiente sino después de su nombramiento de profesor en la Sorbona. Nuestras investigaciones tan costosas, relativamente al descubrimiento del radio, han sido llevadas á cabo gracias á una subvención del Instituto y á donativos privados.»

(1) *Psicología y literatura*, cap. II, *La Propaganda de lo fácil*.

la higiene. Hay que convencer á maestros y discípulos de que no hace falta gastar *mucho* en material de enseñanza, porque gran parte de él es de posible fabricación casera, con algo que haya de habilidad y de sana intención. Testigos: la colección modelo de instrumentos de física, hechos con bambú, botellas viejas, hoja de lata y otros materiales baratos, por los normalistas japoneses; la serie de mapas murales al carbón, que por algunos reales economizan, verbigracia, la compra de los de Bretschneider, y las láminas dibujadas con lápices de colores, que he visto usar á un compañero mío, el doctor Rioja, en sus conferencias populares de Historia Natural... Hay, en suma, que hacer la propaganda de lo fácil, de lo barato, de lo perfectamente hacedero dentro de la condición económica é intelectual de los más; y esto no sólo por lo que toca á la vida de los particulares, sino también á la vida de la nación.

Los que quieran ver nuevas demostraciones más detalladas que estas referidas por mí, que lean la conferencia de Cossio, hermosa y convincente lección práctica de metodología sin instrumentos ó con instrumentos sumamente sencillos, y aprenderán de paso por qué, aun disponiendo de mucho dinero para la compra de material, será siempre preferible no comprarlo, sino *hacerlo* en la clase misma; y cómo es más pedagógico que el uso de las representaciones artísticas é industriales (no son otra cosa los más de los objetos que constituyen el material), el aprovechamiento de la realidad misma que nos rodea, la cual á cada paso nos ofrece enseñanzas intuitivas y «de cosas», que no siempre sabemos aprovechar.

Y cuenta que si Cossio se refiere especialmente á la escuela primaria, sus razonamientos son en gran medida aplicables á todos los llamados «grados de enseñanza» (él mismo alude á una cátedra de Universidad), porque el problema es igual en todos los momentos y los errores respecto de él, como hemos visto, comunes al profesorado alto y bajo, en España y en otros muchos países.

IV

La cultura popular en 1906

Tengo por una de las cosas que mejor indican la orientación *moderna* de un pueblo, la preocupación por la cultura popular. En efecto, la diferencia radical que en orden á la instrucción se da entre dos naciones, no estriba tanto en el número y valor de una minoría de sabios, cuanto en la distancia intelectual que separa á éstos de la masa. Rusia es un país donde abundan los hombres de ciencia de relevante personalidad, y no es por eso menos uno de los Estados en que más domina la ignorancia. Por otra parte, y mirando á la necesidad que se satisface con la cultura y á los beneficiosos resultados de ésta, no cabe duda que lo más importante es su difusión, para alcanzar un nivel medio lo más elevado posible que convierta en elemento consciente, tan apto para toda reforma nacional como contrario á los movimientos espasmódicos de una impaciencia desorientada y febril, á la mayoría de los ciudadanos. Hay en esto, no sólo un problema político, sino un problema social en el más alto sentido de la palabra, un problema hondamente humano, digno de remover las entrañas de los hombres que sienten en vivo los dolores morales de los otros.

Yo confieso tener horas de angustia cuando pienso en esto, cuando me pregunto, con la sinceridad de los que no se satisfacen de apariencias, si todos nuestros esfuerzos en ese sentido darán realmente el fruto que anhelamos; y sobre todo cuando me planteo el problema que ya ha preocupado á los fundadores de las Universidades populares

de Francia, á saber: si el movimiento de que ahora participa tan sólo (aun en los países en que las instituciones de aquel género han logrado éxito más grande) una minoría de gentes, conseguirá arrastrar á la masa y hacerla partícipe de sus beneficios; ó si no hay dificultades sociales é individuales insuperables, que detendrán la difusión en un grupo de escogidos, siempre muy pequeño. No se trata aquí de la pretensión, hoy por hoy insostenible (no sabemos en lo porvenir lo que nos reservan la medicina y las ciencias psicológicas prácticas), de que todo el mundo sea culto, en más ó menor grado; es decir, que deje de haber excepciones individuales, casos de inevitable pauperismo intelectual, no por falta de medios, sino de capacidad para la nutrición. Se trata de saber si, salvadas esas excepciones, puede pensarse como un hecho más ó menos próximo, pero de segura realización, en llevar la cultura y en despertar el gusto de ella en todos los hombres y mujeres normales, dado que todos lo necesitan y todos tienen derecho á sus ventajas, á esas «alegrías más intensas, más durables y menos onerosas que las de la taberna», de que hablaba Deherme á los obreros de París al crear *La coopération des Idées*, mostrándoles la aspiración á «la vida intelectual y moral». Y cuenta que la cuestión no se refiere á los obreros *stricta sensu*, sino á muchísima parte de la llamada burguesía que carece de cultura sistemática ó la tiene muy pobre.

Sea lo que fuere de ese problema, el movimiento ha comenzado en todas partes y, llegue hasta donde llégue, es un signo que interesa apuntar y estudiar cuidadosamente.

Pues bien; España ha entrado en ese movimiento, y el año 1906 señala algunos progresos seguros en él. Veamos cuáles.

En Madrid, la Universidad popular, fundada á fines de 1904, ha arraigado en firme y ha extendido considerablemente el campo de su acción, no sólo entre los hombres (Centro de Sociedades obreras, Centros de obreros republicanos, etc.), sino entre las mujeres (Asociación de modistas), que comienzan á solicitar su concurso. Su acción reviste

las siguientes formas: conferencias (aisladas y en series), lecturas, audiciones musicales y cursillos de instrucción primaria para señoritas.

El Ateneo de Madrid ha continuado su acción paralela (pero no igual) con la de la Universidad popular, en las conferencias populares que da en su cátedra, y que, pasadas las vacaciones veraniegas, acaban de reanudarse para el curso de 1906-1907. Cosa análoga hacen los círculos republicanos, y quien quiera conocer pormenores acerca de todos estos variados esfuerzos por la cultura popular, puede hallarlos en el reciente libro *El Ateneo*, de don Rafael María de Labra. De notar es el hecho de que la mencionada Universidad haya creado clases primarias al lado de las conferencias y cursillos de vulgarización, que suponen un público relativamente preparado: lo cual no es más que un supuesto muchas veces, pues aun en países de mayor adelanto, las obras *postescolares*, si han de tener real eficacia, necesitan convertirse para cierto público en *obras escolares*.

La extensión universitaria de Cataluña, dirigida por los centros de Barcelona, y en gran parte por el entusiasmo y la constancia del ex rector de la Universidad señor Rodríguez Méndez, terminó á la entrada del verano el curso de 1905-1906 y ha comenzado el nuevo en la capital, en Badalona y en otros puntos (1).

Asturias ha introducido algunas modificaciones en su Extensión, que le han proporcionado nuevo público. La Junta local de Avilés organizó ya en el pasado año cursillos elementales para los obreros, y en el acto de inauguración del curso que ahora empieza, celebrado hace pocos días, ha repartido premios de asiduidad en dinero, que serán, sin duda, mantenidos para en adelante: un estímulo si se quiere poco ideal, pero poderoso. La Universidad de Oviedo ha dado un paso más en su obra. Desde un prin-

(1) Véase lo que se dice de este movimiento en nota á uno de los capítulos anteriores.

cipio concedió más importancia que á las conferencias ante un público heterogéneo y variable, á las cátedras de matrícula fija, aunque libre, en que se explican cursos sistemáticos muy elementales, para alumnos de escasa preparación, pero afanosos de saber. Á la creación de estas cátedras llamadas «populares», presidió el deseo de que se convirtiesen en una Universidad popular propiamente dicha; pero no acababa de encontrarse el camino para llegar á ello. Ese camino se ha encontrado ahora, y se ha encontrado—cosa interesante—por espontánea iniciativa de los alumnos. He aquí cómo la cosa ha ocurrido. Convocados á una reunión preparatoria en la Universidad los obreros ovetenses, que acudieron en gran número, se les propuso que ellos mismos fijaran el programa de las materias que desean estudiar: es el sistema preconizado en París por M. Guieysse, contra el parecer de Deherme, y que la Extensión universitaria de Oviedo ha seguido varias veces para determinar el asunto de sus conferencias en los Centros obreros, pero que aun no se había atrevido á implantar en las clases populares.

Esta vez la proposición no sólo fué bien acogida, sino que, convencidos los obreros de que en un curso no podrían asistir á todas las cátedras sugeridas por su despierta curiosidad, vinieron por propia reflexión al acuerdo de constituir un verdadero *curriculum* de varios años, una verdadera *carrera* de estudios, en que se irían explicando, curso tras curso, todas las «asignaturas» que ellos creen necesarias para su cultura general, comprometiéndose á seguir el plan hasta su completa realización. Esto asegura á las clases un público constante, siempre el mismo, y facilita la acción intelectual del profesorado, cuyo prolongado contacto con los alumnos producirá los mismos frutos que produce en una Universidad superior bien organizada. Las materias escogidas para el primer curso son: Lengua y literatura castellanas; Aritmética y Geometría; Física (Nociones de electricidad); Historia contemporánea de Europa, y Música.

En Zaragoza han continuado las conferencias públicas dadas por profesores de la Universidad; pero los oyentes de ella son casi todos de clases ilustradas, no obreras.

Á estas instituciones, que ya llevan algunos años de vida, se han unido en el presente tres nuevas: una Universidad popular en Coruña, fundada por varios jóvenes llenos de entusiasmo; la Extensión universitaria de Jerez, iniciada por un catedrático del Instituto de la localidad, y las conferencias de igual carácter inauguradas en Ciudad Real por el señor Martínez, antiguo profesor de Oviedo y miembro de su Extensión universitaria, y ahora catedrático en aquel punto. También en León ha abierto el camino para una fundación análoga el alumno de nuestra Universidad señor García Moliner, que ya se había ensayado en las conferencias populares de Asturias.

Finalmente, el ministro de Instrucción Pública, señor Jimeno, ha dado un decreto que organiza de manera completa las escuelas nocturnas de adultos, á cargo de los maestros primarios, escuelas que bien dirigidas serán una base firme de la cultura popular y una preparación inapreciable para más altas labores en este orden. El intento del señor Jimeno es más modesto que el que se propuso el señor conde de Romanones al instituir en 1901 las llamadas clases nocturnas de obreros en los Institutos de segunda enseñanza; pero probablemente, será más práctico. Las clases nocturnas, aunque no suprimidas legislativamente, se han extinguido en la mayoría de los Institutos. En otros no llegaron á plantearse por la resistencia pasiva de algunos elementos del profesorado, poco amigos de novedades, ó la apatía de los obreros. Confiamos en que no ocurrirá lo mismo con las escuelas de ahora.

Cierto es que al lado de todas estas conquistas hay que deplorar algunas pérdidas. La Universidad popular de Valencia se halla aletargada; la Extensión universitaria de Salamanca murió en flor; á la de Sevilla le pasó otro tanto. Pero estos son accidentes comunes á toda obra nueva. En último resultado, los avances son hoy por hoy más que los

retrocesos. Yo he creído que á los españoles de América les sería grato saber lo que en este orden hacen sus hermanos de la Península, y lo he creído así, quizá porque á mi me parece sinceramente uno de los balances de mayor interés á que se presta la vida intelectual de nuestra patria.

V

Un programa

—¿Qué haría usted si fuese ministro de Instrucción Pública?—pregunté mirando de hito en hito al maestro, para sorprender su primera impresión.

—Ya sabe usted—contestó tranquilamente, sin dar importancia á la pregunta—que no lo seré, que no puedo serlo. Ni me ofrecerán la cartera, ni yo la aceptaría, porque lo considero inútil, más que inútil perjudicial...

—Comprendido—le interrumpí—. Lo de Ríos Rosas: se gobierna más desde la oposición que desde el poder.

Sonrió el maestro, á la vez que su mirada dirigiase, como distraída, hacia el horizonte despejado, luminoso, del Guadarrama. Yo comprendí que mi pregunta había suscitado en él un mundo de ideas, de preocupaciones. Insistí, deseoso de que pensase en voz alta.

—Pero figúrese usted por un momento que las circunstancias políticas varían, que amigos de usted muy queridos le piden en nombre de la patria que reorganice nuestra instrucción pública; que usted se convence del deber en que esto le pone...

—Repito que sería inútil—contestó—. Yo no podría aceptar sin condiciones, y al determinarlas, refiríamos; estoy seguro.

—¡Si pide usted imposibles!